

Frédéric BARBIER, *Historia de las bibliotecas: de Alejandría a las bibliotecas virtuales*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ampersand, 2015, 462 pp. ISBN: 978-978-45098-4-0.

El reconocido historiador francés Frédéric Barbier, miembro del CNRS y de la École Pratique des Hautes Études, es un reputado especialista en Historia del Libro, una disciplina a la que ha dedicado el grueso de sus investigaciones durante más de cuarenta años, desde los tiempos en que fuera alumno de la prestigiosa École des Chartes en París. Se trata, en definitiva, de un profundo conocedor de todo aquello que conforma el fenómeno librario a lo largo de su devenir histórico, desde la más remota antigüedad, hasta los últimos avances, que ya han supuesto toda una revolución en los hábitos de lectura y en la expansión del conocimiento dentro de las sociedades que se encuentran más a la vanguardia de la tecnología. Y qué más imbricado con los libros como objeto que aquellos lugares en los que se conservaban y custodiaban: las bibliotecas.

Barbier defiende la biblioteca como objeto de estudio a pesar de lo desfasada y poco “actual” que pueda resultar, en un momento, nuestro presente, en el que se tiende a la puesta en línea masiva de contenidos y a su consulta gracias a todas las posibilidades que plantea la red de redes. Considera que, de forma constante, la historia de las bibliotecas es abordada desde un punto de vista tradicional, reducida al análisis de determinadas colecciones concretas y quedando relegada a la consideración de ámbito marginal, fuera del mundo universitario, una afirmación con la que solo puedo estar de acuerdo en parte. Y, teniendo en cuenta estos planteamientos, su intención es la de construir un discurso global y cronológicamente lineal, centrado en las bibliotecas, pero no tanto como instituciones, sino partiendo de una definición de tipo funcional, en tanto que reúnan contenidos textuales en un espacio determinado y los mantengan a disposición de sus lectores según ciertos procedimientos. Frédéric Barbier, por tanto, no entra a valorar los soportes de los textos, pero tampoco el número de los volúmenes que conformen las colecciones o si éstas son privadas o públicas. Su objetivo es asaz complejo, en tanto que los límites del trabajo son demasiado extensos y, quizás, por ello, el mismo autor realiza una serie de advertencias preliminares al lector que lo aborde. En ellas reconoce que ha decidido primar la labor de síntesis sobre otros muchos aspectos, de manera que no incluirá estadísticas sobre la composición de las colecciones, ni profundizará en la lectura por géneros o materias, como tampoco lo hará en la relación establecida por las mujeres con las bibliotecas o los libros, por estimarla demasiado minoritaria (¡!).

En efecto, como ya se ha mencionado, Frédéric Barbier intenta hacer una recapitulación de la historia bibliotecaria de carácter global y cronológico, articulando su exposición a lo largo de diferentes capítulos que invitan al lector a realizar un sugerente viaje desde la antigua Mesopotamia hasta los más modernos catálogos digitales, pasando por las evocadas y añoradas bibliotecas de Alejandría y Pérgamo; las colecciones públicas y privadas de las culturas griega y romana; las islas-refugio del conocimiento en el período medieval; la expansión e innovaciones del fenómeno librario durante la modernidad y las revoluciones de las “post-modernidad”. Pero, durante su recorrido, Barbier prácticamente abandona ese objetivo de globalidad y transnacionalidad que se marcó en un principio. Su gran historia, aunque sincrética, acaba convirtiéndose en la historia de las bibliotecas en Occidente y, más concretamente, en la tríada delimitada por los territorios alemanes, franceses e ingleses. Es una historia, por tanto, marcadamente centroeuropea en la que, como no podía ser de otra forma dados los trabajos anteriores del autor, el peso y relevancia que adquiere el ámbito francés es notable. Las referencias a Oriente son inexistentes, mientras que las de otros países europeos son anecdóticas. Así, la Península Ibérica aparecerá mencionada solo en dos ocasiones: una, en relación a la colección reunida por Hernando Colón; otra, por la creación de la biblioteca del Monasterio de El Escorial, auspiciada por Felipe II. El mundo americano tendrá más peso, pero, de nuevo, solo el de ámbito cultural anglosajón, pues, de nuevo, el centro y sur del continente apenas suscitarán alusiones.

Es de alabar, sin embargo, que Barbier no solo construya una historia de las bibliotecas, sino también del coleccionismo y de la propia biblioteconomía, al igual que de la bibliología y la bibliografía. Recoge diferentes sistemas de almacenamiento y conservación, de exposición y trabajo, de gestión y control... Todo un mundo de edificios, salones y habitaciones, mejor o peor acondicionados, y también de catálogos, inventarios y fichas. Las bibliotecas de hoy son herederas de aquellas que las precedieron, fruto de acciones y deseos diversos y cuyo destino estuvo marcado por acontecimientos políticos, culturales, sociales, económicos... Bibliotecas que no siempre estuvieron vivas, llegando algunas a languidecer al no ser pisadas jamás por sus propietarios, quienes las construyeron y convirtieron en meros bienes de prestigio. Esperemos que las nuevas tecnologías no conviertan a las bibliotecas en meros almacenes de objetos, como resultan ser las de aquellos particulares en las que se acumulan libros que jamás serán leídos. Que el modelo de la “anti-biblioteca”, como solía llamar Umberto Eco a la suya, no quede relegado al olvido.

---

Alessandro BAUSI, Pier Giorgio BORBONE, Françoise BRIQUEL-CHATONNET, et al. (eds.), *Comparative Oriental Manuscript Studies. An Introduction*, Hamburgo, Comparative Oriental Manuscript Studies (COMSt), 2015, 677 pp. ISBN: 978-3-7323-1768-4.

Desde el mes de junio de 2009 al mes de mayo de 2014, gracias al patrocinio de la European Science Foundation, centenares de investigadores pudieron intercambiar opiniones dentro del proyecto denominado “Comparative Oriental Manuscript Studies” (COMSt). Sus orígenes eran diversos, como también lo eran sus ámbitos de especialización. Con el deseo en mente de profundizar en el conocimiento de los manuscritos orientales, se pudo contar con la colaboración de paleógrafos, codicólogos, lingüistas, editores, conservadores y restauradores, archiveros y bibliotecarios, historiadores..., algunos de los cuales aceptaron luego el reto de unirse formando equipos para redactar diferentes textos de carácter introductorio que, finalmente, acabarían por dar forma a este grueso volumen que lleva por título el nombre de aquel magno proyecto.

Los objetos de estudio están bien delimitados desde el inicio. Por un lado, los textos analizados tienen que ser de carácter manuscrito, con independencia de su cronología, de manera que pueden corresponder a un período antiguo, medieval o, incluso, moderno. Pero solo se elegirán aquellos que supongan la manifestación intelectual de una cultura escrita, de manera que se preferirán aquellos manuscritos que procedan de una actividad literaria, mientras que se abandonarán las manifestaciones documentales o puramente archivísticas.

Otra limitación es la planteada por la lengua en que esté escrito el texto, lo que lleva a plantear también la cuestión de qué entendían los miembros del COMSt por “oriental”. Desde su perspectiva, “orientales” debían ser “todas las culturas manuscritas no occidentales (basadas en la lengua latina) que tuviesen una inmediata relación histórica (genética) con los códices del área mediterránea”. Esto incluye la cultura griega y, por extensión, la bizantina; la hebrea, que se extiende desde el norte de Europa hasta Yemen, pasando por Irán; la árabe, que incluye a persas y turcos; y la zoroástrica y maniquea, que se manifiestan a través de lenguas como el avéstico, el persa, el parto, el sogdiano, así como por otras lenguas de tradición irania. Pero no solo ellas, sino que los editores también decidie-